

Más tarde, tocóle a don Manuel Murillo oír la detonación del tiro con que Ricardo Rendón se tuneló la cabeza, y fue él quien paternalmente recogió el cuerpo del gran artista, cuyo pálido rostro bañó con sus lágrimas.

Hoy ya don Manuel Murillo fué a reunirse con sus antiguos compañeros, que lo habrán recibido regocijada y fraternalmente, como en la tierra.

Hace casi treinta años vine por primera vez a Bogotá, y al día siguiente de mi llegada fui con el poeta Delio Seraville a *La Gran Vía*.

—Don Manuel—díjole Seraville al señor Murillo—, aquí le traigo este nuevo amigo: poeta y antioqueño.

Y don Manuel, siempre con su amable sonrisa, me dijo mientras me abrazaba, recordando la iniciación del poeta Vargas Tamayo en *La Gruta Simbólica*:

—Poeta y antioqueño? Respeto su triple desgracia.

—¿Por qué triple?—le pregunté.

—La desgracia de ser poeta, una; la desgracia de ser antioqueño, dos; y la desgracia de no ser bogotano, tres.

Reímos Seraville y yo muy cordialmente. Desde ese día me unió con don Manuel Murillo una amistad que sólo la muerte interrumpe, aunque no rompe.

Y hoy, cuando veo cerradas las puertas del Café *La Gran Vía*, evoco el poema: